



OPORTUNIDADES EN LA “RECONSTRUCCIÓN” DE LA EDUCACION

Iván Ortiz
Investigador del CIDE

Las crisis constituyen también oportunidades de superación, pese a los quiebres que implican. En las líneas que siguen queremos dejarnos inspirar por este ánimo, y esforzarnos por buscar oportunidades y ganancias para la educación de nuestro país, asociadas al terremoto y maremoto que nos asolaron a fines de febrero. Este ánimo ha estado presente, afortunadamente, en la conversación nacional sobre la emergencia y la reconstrucción. Lo hemos escuchado en el discurso de las autoridades, de algunos comentaristas y académicos.

Pero las oportunidades y ganancias no llegan mágicamente, hay que salir a buscarlas, hay que construirlas con imaginación.

Reconozcamos primero las pérdidas. Según los datos recopilados por el Ministerio de Educación, a partir de la encuesta de percepción de daños aplicada a los directores de establecimientos de las regiones afectadas, 2.574 escuelas y liceos quedaron inhabilitados tras el sismo. En ellos estudian 782 mil alumnos. Más de 300 establecimientos educacionales están derrumbados o con daños severos, de los cuales las tres cuartas partes, aproximadamente, son municipales. Se trata de establecimientos que atendían a una población escolar de alta vulnerabilidad social y en general de pobre desempeño.

Es innegable que los estudiantes de estas escuelas, tendrán un año escolar irregular, con una provisión educativa menor que aquellos que no fueron afectados por el sismo. Sufrieron un serio retraso en el inicio de clases, disminución de la jornada escolar para dar cabida a otros estudiantes, disminución de los contenidos mínimos obligatorios del currículo, para focalizarse en algunos considerados cruciales o estratégicos. En fin, en los sectores afectados la provisión educativa era ya desventajosa en condiciones normales, ahora lo será más.

Pero convengamos en que después de un remezón como el que vivimos, no se puede pedir demasiado a la restauración de urgencia, peor es que los estudiantes estén fuera de la escuela, sin clases. Hay que asumir la pérdida. Sin embargo, debemos estar atentos a que ésta no se prolongue demasiado, a que todas las soluciones de infraestructura, organización escolar y curriculum que se están implementando sean transitorias. A menudo las soluciones transitorias tienden a eternizarse: esto no puede pasar.

Más allá de las pérdidas, busquemos oportunidades de mejora educativa. Una oportunidad interesante que se abre en este contexto consiste, paradójicamente, en no volver a reconstruir todas estas escuelas indiscriminadamente. Muchas de las escuelas dañadas tienen un tamaño y una ubicación que empobrece la calidad de la experiencia educativa que ofrecen a sus alumnos. Al ser pequeñas, no alcanzan a conformar una masa crítica de docentes y directivos, cuya reflexión y acción pedagógica logre los cambios que se necesitan. El tamaño de la escuela es un factor asociado al rendimiento escolar. Por ejemplo, el mayor tamaño del establecimiento explica mejores logros en los últimos resultados Simce de 8° y 2° medio.

Aisladas, o ubicadas en localidades de escasa población y actividad, muchas escuelas no tienen contacto con la diversidad social de personas e instituciones, cuyo aporte al desarrollo social e intelectual de los estudiantes no es menor. Ciertamente, algunas escuelas rurales cumplen funciones positivas en sus comunidades, ¿por qué quitarles las escuelas a las pequeñas comunidades y no asumir el problema de mejorarlas con otros modelos de escuela rural? Bueno, es parte de la

discusión que hay que hacer. Habría que repensar qué rol juega hoy la escuela rural en los actuales procesos de urbanización y de desarrollo rural.

Los municipios tienen entonces la oportunidad de rediseñar el número, tamaño y ubicación de sus escuelas, de manera tal que puedan enfrentar mejor la disminución sostenida de la matrícula en sus establecimientos, y subsanar las dificultades mencionadas.

Otra oportunidad que se abre, no solo en los establecimientos afectados sino en todos, es de orden pedagógico. Después de un primer trabajo pedagógico de contención emocional de los niños y niñas, hay que avanzar hacia un conocimiento más profundo de los fenómenos telúricos. En futuras evaluaciones internacionales de aprendizajes, como PISA y TIMSS, los estudiantes chilenos debieran figurar entre los que más saben de terremotos y maremotos. El currículo actual plantea Objetivos Fundamentales de Aprendizaje y Contenidos Mínimos Obligatorios de creciente complejidad en la educación básica y la media en relación a este tipo de fenómenos y sus causas. Es hora de aprovechar la ocasión: los docentes deberían trabajar estos temas ahora, cuando el contexto no puede ser más significativo para estos aprendizajes.

Pero el aprovechamiento pedagógico de esta trágica experiencia no se limita a sus componentes conceptuales geológicos, sino que se puede extender hacia los significados que tuvo para cada cual como experiencia de vida. Para todos nosotros el terremoto fue una experiencia a nivel personal, familiar, comunitario y nacional. Puso en juego nuestras concepciones y valores sobre la desgracia, la solidaridad, la propiedad, los bienes. Sin duda, para los afectados directos lo hizo de una manera mucho más radical que para aquellos menos o nada afectados. Pero todos, alumnos, profesores, padres y apoderados, tenemos algo que decir: no sólo nuestro relato de los hechos catastróficos y cómo nos afectaron personalmente, sino también nuestra opinión y juicio moral acerca del comportamiento de una diversidad de actores, en el espacio privado y en el público.

Por ejemplo, es interesante compartir y reflexionar con los estudiantes su impresión frente al hecho de que miles de personas se quedaron sin casa y están viviendo en condiciones precarias, su percepción acerca de la respuesta que cabe frente a ello de parte de la gente común, pero también la que corresponde a las autoridades. También, la percepción y valoración de los estudiantes de aquellas experiencias comunitarias que muestran los medios, o vividas directamente por algunos alumnos, donde los damnificados se organizan para enfrentar juntas y cooperativamente las necesidades apremiantes que tienen, o las demandas de reparación o restitución de sus viviendas en aquellos edificios que, por mal contruidos, no resistieron el terremoto. La reflexión debiera generalizarse al hecho de que en nuestro país mucha gente vive en condiciones precarias, de pobreza y desempleo, sin la mediación causal de una catástrofe natural, es decir que tenemos un sector de pobreza estructural que requiere soluciones solidarias desde la sociedad y la política.

Trabajar el significado del terremoto y sus consecuencias para cada uno es una oportunidad preciosa de compartir y construir sentidos en torno a la sociedad que queremos, y abordar así varios de los objetivos fundamentales transversales de aprendizaje y hacer realidad el propósito de formación integral que la escuela siempre ha declarado.